



I. Ciudadano Ilimitado

Hay un mundo aparte en que seres privilegiados se mueven al amparo de su propia predestinación. Es aquel en que los escenarios son los hechos heroicos. Producido sin embargo por individuos civiles que hacen que el espíritu forme el grueso de los elementos de las batallas. Donde no hay armas blancas ni de fuego. El campo de Marte no es para los que viven con el temperamento unido a la inteligencia.

Un ejemplo de lo dicho es la vida de José Martí (1853-1895). La cuna humilde origina el desempeño de los hombres en su futuro. Fue él hijo de un rudo sargento del cuerpo de artillería española y de una señora, canaria de nacimiento, por eso es que su porvenir parecía dirigirse a un servicio remunerado y oscuro en la milicia. Quien sabe si la herencia tiene que recibir alguna influencia para modificarse y cambiar el patrón, y si el ambiente y la instrucción pueden ocasionar mutaciones. El pequeño José empezó a leer libros y esto lo encadenó a seguir en la escuela de segundo grado que su padre rechazaba.

A los catorce años estudiaba en el Colegio de San Pablo que estaba dirigido por el poeta Rafael María de Mendive, que posteriormente fue encarcelado por secundar un movimiento revolucionario, y a quien Martí tuvo que despedir cuando fue aquel exilado. Ya entonces apareció imbuído de ideas contrarias al vasallaje que pedía la Corona. Espíritus afines se encuentran siempre, y con otros jóvenes fundó un periódico que llamó «La patria libre» y escribió artículos de fondo en otro. Fue tal su impetu que sus punzantes comentarios lo condujeron al encierro en un presidio de La Habana cuando tenía dieciséis años (1870). Ni siquiera su constitución física era la apropiada para los esfuerzos musculares, sin embargo fue condenado a trabajos forzados en una cantera de San Lorenzo. Mientras otros adolescentes jugaban todavía y eran románticos por el predominio de sus sentimientos, José era ya un mártir de la lucha contra los esbirros españoles y él forjó su espíritu con la meditación. Un allegado del Capitán General logró hacerle cambiar la orden de reclusión forzada por la del destierro. Fue el inicio de un capítulo triste del que vive lejos de la patria, en España, y sumido en la pobreza. Pero con fuerza de voluntad empezó a dar clases, y con el dinero que producía, pudo estudiar en la universidad de Zaragoza, obteniendo los grados de Doctor en Derecho y Doctor en Filosofía y Letras. Con el respaldo de sus títulos, sus trabajos literarios fueron recibidos con atención y se abrió campo entre la intelectualidad. Publicó dos folletos «El presidio político en Cuba» y «27 de noviembre» en que acusaba a los guardias de La Habana. Tenía la pasta que supo modelar arosamente para convertirse en un ensayista medular que cargaba el afán crítico sobre el espíritu español pacientemente aprehendido. Tuvo la relevancia de quien dominando el lenguaje decía verdades decisivas si contaba con el motivo inflamado. En 1874 viajó por París, Londres y otras ciudades europeas. Lo mismo hizo en el México que tanto había aprendido a querer, quizás porque era el albergue de sus padres y hermanas, que vivían en la penuria.

Escribió tanto sobre diversos temas del continente que fue ya un ciudadano ilimitado de la América. Llegó a ser el guía de las ideas en todos los países latinoamericanos; la lengua castellana hizo que sus ideas volaran imparables hacia todos los confines, donde se las apreciaba no sólo por la doctrina franca que llevaba sino por el estilo reglado que lo hacía atrayente al lector. Mientras más caminaba por las grandes ciudades producía columnas en los periódicos hablando de libertad y de plasmación de seguridades ciudadanas. Ignoraba, sin embargo, que el destino lo conducía por un camino en espiral que de lo lejos lo iba acercando al punto de partida, que sería también el punto de arribo fatal.

Estaba desesperado por volver a su patria para ver cómo se desenvolvía la vida bajo el pertinaz acero que la dominaba. Él quería hacer cualquier cosa para volver a habitarla libremente,

Alfonso Gamarra Durana (*):

El mundo de

para abrirle senderos por la que transitara hacia un progreso definido. Por eso se escondió bajo el nombre de Julián Pérez; sus papeles falsados llevaban ese apellido y su organismo llevaba un disfraz para no ser reconocido por los pretorianos. De esta manera se permitió descorrer el velo de sus recuerdos, y trazó planes incompletos para armar una revolución. Pero más fue lo que investigó y destapó que lo que pudo urdir para ensayar algún suceso rebelde con colaboración de compañeros que eran difíciles de encontrar. Creía que sus ideales estaban demasiado avanzados; por estar tan efervescidos no podían ser captados por otras personas no preparadas pacientemente para estos ajetreos, y desoladamente calmó su espíritu afebrado señalando que una campaña de redención no era más que un prematuro efecto del empeño.

Con toda cautela se alejó nuevamente hacia Guatemala y se dedicó al magisterio, incluso con la aceptación de la Universidad para que dictara la cátedra de Derecho Público. Posteriormente en Cuba se declaró la paz de Zanjón y los desterrados retornaron desesperados a buscar cómo saciar su hambre física y la conciencia que les depararía su libertad definitiva. Comenzó ejerciendo la abogacía pero muy pronto se inclinó hacia sus ideales no escondidos y su oratoria atrajo a oyentes que lo escuchaban con atención y cuyo número iba creciendo. Allí donde se encontraba, estaba la oficina de la nueva intenciona revolucionaria, y cuando ésta se declaró en armas en una región aislada de la Isla, él fue tomado nuevamente preso y expulsado hacia España.

II. La libertad y José Martí

Martí intentó volver del exilio en la península. Su itinerario se hizo apresurado, pues recorrió Francia con rumbo a América; y en Nueva York, donde se instaló finalmente, efectuó una labor titánica de producción literaria, haciendo conocer sus ideales a los habitantes y a los transplantados a ese país, escribiendo en los periódicos y enviando el material subversivo que recibió la Isla como empuje emocionado. Más de una década estuvo sometido a este empeño, llenó muchas columnas del diario «The New York Sun», y por ser corresponsal de muchos periódicos sudamericanos su palabra férvida de libertad atravesó todas las fronteras. Fue admirador de las campañas de Miranda, Bolívar y Sucre, supo que el aire de independencia que recorrió beligerantemente por el sur de América tenía que esparcirse ilimitadamente por todas partes para que se comprendiera que la aparición de la nueva Patria era la necesidad actualizada del Nuevo Continente redimido por la espada de los Libertadores.

Calixto García, en su lucha guerrillera, después del desembarco en la Isla, era ya una leyenda; mientras que Martí, visitando otras naciones, era un símbolo, y lo era porque ponía su corazón en cada frase publicada en los periódicos. No se sabía si amaba más a Cuba o a la libertad. Entendía que ambas constituían el fundamento del ideal americano. Pero asimismo comprendía que la palabra encendida de un ciudadano civil no bastaba para luchar contra los ejércitos y, por eso, se dio modos para conversar con los generales Antonio y José Maceo buscando la estrategia valedera para el territorio isleño. Lo mismo sucedió con el general Máximo Gómez al cual quiso imbuirle la idea de que luchando por la libertad más valía el sacrificio que los planes.

Cuando aparecieron las tropas patriotas, ya en campaña, su elocuencia no pertenecía al poeta de épocas pasadas sino al paladín que insuflaba bríos para las nuevas jornadas. Muchas de ellas fueron reveses, pero para los cubanos eran nimiedades porque seguían todavía un camino largo y escabroso. Cuando él aparecía, los campesinos sentían que les nacía la obligación de servir a la patria, y se le unían como hermanos del mismo credo. Sin embargo, en una escaramuza, un ataque sorpresivo de los españoles tomó a los revolucionarios desprevenidos, y Martí quiso combatir, como los otros héroes, y su última y valiente arenga fue su propia actitud pues se abalanzó, jinete de su corcel, junto con los guerreros a una lucha desigual. Tenía a la razón luchando por la libertad: su pelea postrera mostró cuán de ardiente era su deseo de dar todo por aquella.

III. El apóstol de las Américas

En Martí se descubre al hombre que se levanta contra España, no por el significado de liberar un paraje terrenal, sino por la oposición filosófica al enunciado del poderoso que quiere adueñarse de conciencias. Se alza él para evitar el colonaje de las ideas, para advertir que el mundo está mal hecho mientras haya un país sin libertad.